
PREPARACIÓN PARA LA SANTA MISA

“Cuando el Señor en la Última Cena instituyó la Sagrada Eucaristía, era de noche, lo que—comenta San Juan Crisóstomo—manifestaba que los tiempos habían sido cumplidos. Se hacía noche en el mundo, porque los viejos ritos, los antiguos signos de la misericordia infinita de Dios con la humanidad iban a realizarse plenamente, abriendo el camino a un verdadero amanecer: la nueva Pascua. La Eucaristía fue instituida durante la noche, preparando de antemano la mañana de la Resurrección”.

“También en nuestras vidas hemos de preparar esa alborada. Todo lo caduco, lo dañoso y lo que no sirve—el desánimo, la desconfianza, la tristeza, la cobardía—todo eso ha de ser echado fuera. La Sagrada Eucaristía introduce en los hijos de Dios la novedad divina, y debemos responder *in novitate sensus*, con una renovación de todo nuestro sentir y de todo nuestro obrar. Se nos ha dado un principio nuevo de energía, una raíz poderosa, injertada en el Señor. No podemos volver a la antigua levadura, nosotros que tenemos el Pan de ahora y de siempre”.

“Considerad la experiencia, tan humana, de la despedida de dos personas que se quieren. Desearían estar siempre juntas, pero el deber—el que sea—les obliga a alejarse. Su afán sería continuar sin separarse, y no pueden. El amor del hombre, que por grande que sea es limitado, recurre a un símbolo: los que se despiden se cambian un recuerdo, quizá una fotografía, con una dedicatoria tan encendida, que sorprende que no arda la cartulina. No logran hacer más porque el poder de las criaturas no llega tan lejos como su querer”.

“Lo que nosotros no podemos, lo puede el Señor. Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, no deja un símbolo, sino la realidad: se queda Él mismo. Irá al Padre, pero permanecerá con los hombres. No nos legará un simple regalo que nos haga

evocar su memoria, una imagen que tienda a desdibujarse con el tiempo, como la fotografía que pronto aparece desvaída, amarillenta y sin sentido para los que no fueron protagonistas de aquel amoroso momento. Bajo las especies del pan y del vino está Él, realmente presente: con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad".¹

"La Iglesia recomienda vivamente a los fieles que reciban la sagrada comunión cada vez que participan en la celebración de la Eucaristía; y les impone la obligación de hacerlo al menos una vez al año".²

"La sagrada comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo acrecienta la unión del comulgante con el Señor, le perdona los pecados veniales y lo preserva de pecados graves. Puesto que los lazos de caridad entre el comulgante y Cristo son reforzados, la recepción de este sacramento fortalece la unidad de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo".³

"El que quiere recibir a Cristo en la Comunión eucarística debe hallarse en estado de gracia. Si uno tiene conciencia de haber pecado mortalmente no debe acercarse a la Eucaristía sin haber recibido previamente la absolución en el sacramento de la Penitencia".⁴

"Algunas veces, incluso en casos muy numerosos, todos los participantes en la asamblea eucarística se acercan a la comunión, pero entonces, como confirman pastores expertos, no ha habido la debida preocupación por acercarse al sacramento de la Penitencia para purificar la propia conciencia. Esto naturalmente puede significar que los que se acercan a la mesa del Señor no encuentren, en su conciencia y según la ley objetiva de Dios, nada que impida aquel sublime y gozoso acto de su unión sacramental con Cristo. Pero puede también esconderse aquí, al menos alguna vez, otra convicción: es decir, el considerar la misa sólo como un banquete, en el que se participa recibiendo el Cuerpo de Cristo, para manifestar sobre todo la comunión fraterna. A estos motivos se pueden añadir fácilmente una cierta consideración humana y un simple "conformismo".

1. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que Pasa*, nn. 83,155, Scriptor, Madrid, 1974.

2. Cf. CEC, 1417.

3. Cf. CEC, 1416.

4. Cf. CEC, 1415.

“Este fenómeno exige, por parte nuestra, una vigilante atención y un análisis teológico y pastoral, guiado por el sentido de una máxima responsabilidad. No podemos permitir que en la vida de nuestras comunidades se disipe aquel bien que es la sensibilidad de la conciencia cristiana, guiada únicamente por el respeto a Cristo que, recibido en la Eucaristía, debe encontrar en el corazón de cada uno de nosotros—una digna morada. Este problema está estrechamente relacionado no sólo con la práctica del sacramento de la Penitencia, sino también con el recto sentido de responsabilidad de cara al depósito de toda la doctrina moral y de cara a la distinción precisa entre bien y mal, la cual viene a ser a continuación, para cada uno de los participantes en la Eucaristía, base de correcto juicio de sí mismos en la intimidad de la propia conciencia. Son bien conocidas las palabras de san Pablo: ‘Exámínese cada uno a sí mismo’; ese juicio es condición indispensable para una decisión personal, a fin de acercarse a la comunión eucarística o bien abstenerse”.⁵

Algunas consideraciones prácticas sobre la recepción de la Eucaristía son:

- Quien ha recibido la santísima Eucaristía, puede recibirla una vez más el mismo día pero sólo dentro de la celebración eucarística en la que participe.⁶
- Quien vaya a recibir la santísima Eucaristía, ha de abstenerse de tomar cualquier alimento y bebida al menos desde una hora antes de la sagrada comunión, a excepción solo del agua y de las medicinas.⁷
- Las personas de edad avanzada o enfermas, y quienes las cuidan, pueden recibir la santísima Eucaristía aunque hayan tomado algo en la hora inmediatamente anterior.⁸

Como preparación a la Comunión podemos preguntarnos, antes de acercarnos a recibirla:

¿Quién viene? ¿A quién viene? ¿Para qué viene?

5. San Juan Pablo II, Carta *Dominicæ cenæ*, 24-II-1980.

6. Cf. CIC, 917.

7. Cf. CIC, 919.1.

8. Cf. CIC, 919.3.

ORATIO S. AMBROSII

Ad mensam dulcissimi convívii tui,
pie Dómine Iesu Christe,
ego peccátor de própriis meis méritis nihil præsúmens,
sed de tua confídens misericórdia et bonitáte,
accédere véreor et contremísco.

Nam cor et corpus hábeo multis crimínibus maculátum,
mentem et linguam non caute custodítam.
Ergo, o pia Déitas, o treménda maiéstas,
ego miser, inter angústias deprehénsus,
ad te fontem misericórdiæ recúrro, ad te festíno sanándus,
sub tuam protectiónem fúgio;
et, quem Iúdicem sustinére néqueo,

Salvatórem hábere suspíro.

Tibi, Dómine, plagas meas osténdo,
tibi verecúndiam meam détego.

Scio peccáta mea multa et magna, pro quibus tímeo:
spero in misericórdias tuas, quarum non est númerus.

Réspice ergo in me óculis misericórdiæ tuæ,
Dómine Iesu Christe,

Rex ætérne, Deus et homo,
crucifíxus propter hóminem.

Exáudi me sperántem in te:

miserére mei pleni misériis et peccátis,
tu qui fontem miseratiónis numquam manáre cessábis.

Salve, salutáris víctima,
pro me et omni humáno génere
in patíbulo Crucis obláta.

Salve, nóbilis et pretióse Sanguis,
de vulnéribus crucifíxi Dómini mei Iesu Christi prófluens,
et peccáta totíus mundi ábluens.

Recordáre, Dómine, creatúræ tuæ,
quam tuo Sáanguine redemísti.

Pænitet me peccásse,
cúpio emendáre quod feci.

Aufer ergo a me, clementíssime Pater,
omnes iniquitátes et peccáta mea,

ORACIÓN DE SAN AMBROSIO

Señor mío Jesucristo,
me acerco a tu altar
lleno de temor por mis pecados,
pero también lleno de confianza
porque estoy seguro de tu misericordia.

Tengo conciencia de que mis pecados son muchos
y de que no he sabido dominar mi corazón y mi lengua.
Por eso, Señor de bondad y de poder,
con miserias y temores me acerco a Ti,
fuente de misericordia y de perdón;
vengo a refugiarme en Ti,
que has dado la vida por salvarme,
antes de que llegues como juez a pedirme cuentas.

Señor no me da vergüenza
descubrirte a Ti mis llagas.
Me dan miedo mis pecados,
cuyo número y magnitud sólo Tú conoces;
pero confío en tu infinita misericordia.

Señor mío Jesucristo, Rey eterno,
Dios y hombre verdadero, mírame con amor,
pues quisiste hacerte hombre para morir por nosotros.
Escúchame, pues espero en Ti.
Ten compasión de mis pecados y miserias,
Tú que eres fuente inagotable de amor.

Te adoro, Señor, porque diste tu vida en la Cruz
y te ofreciste en ella como Redentor por todos los hombres
y especialmente por mí.

Adoro Señor, la sangre preciosa
que brotó de tus heridas
y ha purificado al mundo de sus pecados.
Mira, Señor, a este pobre pecador,
creado y redimido por Ti.
Me arrepiento de mis pecados
y propongo corregir sus consecuencias.
Purifícame de todas mis maldades
para que pueda recibir

ut, purificátus mente et córpore,
digne degustáre mérear Sancta sanctórum.

Et concéde, ut hæc sancta prælibátio

Córporis et Sánguini tui,
quam ego indígnus súmeré inténdo,
sit peccatórum meórum remíssio,
sit delictórum perfécta purgátio,
sit túrpium cogitatónum effugátio
ac bonórum sénsuum regenerátio,
operúmque tibi placéntium salúbris efficácia,
ánimæ quoque et córporis
contra inimicórum meórum insídias firmíssima tuítio. Amen.

ORATIO S. THOMÆ DE AQUINO

Omnípotens sempitérne Deus,
ecce accédo ad sacraméntum unigéniti Fílii tui,
Dómini nostri Iesu Christi:
accédo tamquam infirmus ad médicum vitæ,
immúndus ad fontem misericórdiæ,
cæcus ad lumen claritátis æternæ,
pauper et egénus ad Dóminum
cæli et terræ.

Rogo ergo imménsæ largitátis tuæ abundántiam,
quátenus meam curáre dignéris infirmitátem,
laváre fœditátem, illumináre cæcitátem,
ditáre paupertátem, vestíre nuditátem,
ut panem Angelórum,

Regem regum et Dóminum dominántium,
tanta suscípíam reveréntia et humilitáte,
tanta contritióne et devotióne,
tanta puritáte et fide,
tali propósito et intentiόne,
sicut éxpedit salúti ánimæ meæ.

Da mihi, quæso,
domínici Córporis et Sánguini
non solum suscípere sacraméntum,
sed étiam rem et virtútem sacraménti.

menos indignamente
tu sagrada comunión.

Que tu Cuerpo y tu Sangre
me ayuden, Señor,
a obtener de Ti
el perdón de mis pecados
y la satisfacción de mis culpas;
me libren de mis malos pensamientos,
renueven en mí los sentimientos santos,
me impulsen a cumplir tu voluntad
y me protejan en todo peligro
de alma y cuerpo. Amén.

ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Aquí me llego, todopoderoso y eterno Dios,
al sacramento de vuestro unigénito Hijo
mi Señor Jesucristo,
como enfermo al médico de la vida,
como manchado a la fuente de misericordias,
como ciego a la luz de la claridad eterna,
como pobre y desvalido al Señor
de los cielos y tierra.

Ruego, pues, a vuestra infinita bondad y misericordia,
tengáis por bien sanar mi enfermedad,
limpiar mi suciedad, alumbrar mi ceguedad,
enriquecer mi pobreza y vestir mi desnudez,
para que así pueda yo recibir el Pan de los Ángeles,
al Rey de los Reyes, al Señor de los señores,
con tanta reverencia y humildad,
con tanta contrición y devoción,
con tal fe y tal pureza,
y con tal propósito e intención,
cual conviene para la salud de mi alma.

Dadme, Señor, que reciba yo,
no sólo el sacramento
del Sacratísimo Cuerpo y Sangre,
sino también la virtud y gracia del sacramento.

O mitíssime Deus,
da mihi Corpus unigéniti Fílii tui,
Dómini nostri Iesu Christi,
quod traxit de Vírgine María,
sic suscípere,
ut córpori suo mýstico mérear incorporári
et inter eius membra connumerári.
O amantíssime Pater,
concéde mihi diléctum Fílium tuum,
quem nunc velátum
in via suscípere propóno,
reveláta tandem fácie
perpétuo contemplári:
Qui tecum vivit et regnat
in sæcula sæculórum. Amen.

ORATIO AD BEATAM MARIAM VIRGINEM

O Mater pietátis et misericórdiæ,
beatíssima Virgo María,
ego miser et indígnus peccátor
ad te confúgio toto corde et afféctu,
et precor pietátem tuam,
ut, sicut dulcíssimo Fílio tuo
in Cruce pendénti astitísti,
ita et mihi, mísero peccatóri, et ómnibus,
hic et in tota sancta Ecclésia hódie offeréntibus
cleménter assístere dignéris
ut, tua grátia adiúti, dignam et acceptábilem hóstiam
in conspéctu summæ et indivíduæ Trinitátis
offérre valeámus. Amen.

FORMULA INTENTIONIS

Ego volo celebráre Missam,
et confícere Corpus et Sanguinem
Dómini nostri Iesu Christi,
iuxta ritum sanctæ Románæ Ecclésiæ,

¡Oh benignísimo Dios!,
concededme que albergue yo en mi corazón
de tal modo el Cuerpo de vuestro unigénito Hijo,
nuestro Señor Jesucristo,
Cuerpo adorable que tomó de la Virgen María,
que merezca incorporarme a su Cuerpo místico,
y contarme como a uno de sus miembros.
¡Oh piadosísimo Padre!,
otorgadme que a este unigénito Hijo vuestro,
al cual deseo ahora recibir encubierto
y debajo del velo en esta vida,
merezca yo verle para siempre,
descubierto y sin velo, en la otra.
El cual con Vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Oh Madre de piedad y de misericordia,
Santísima Virgen María.
Yo, miserable e indigno pecador,
en ti confío con todo mi corazón y afecto;
y acudo a tu piedad, para que,
así como estuviste junto a tu dulcísimo Hijo
clavado en la cruz,
también estés junto a mí, miserable pecador,
y junto a todos los fieles que aquí y en toda la Santa Iglesia
vamos a participar de aquel divino sacrificio,
para que, ayudados con tu gracia,
ofrezcamos una hostia digna y aceptable
en la presencia de la suma y única Trinidad. Amén.

FÓRMULA DE LA INTENCIÓN DE LA MISA

Yo quiero celebrar el Santo Sacrificio de la Misa
y hacer el Cuerpo y la Sangre
de nuestro Señor Jesucristo,
según el rito de la Santa Iglesia Romana,

ad laudem omnipoténtis Dei
totiúsque Cúriæ triumphántis,
ad utilitátem meam totiúsque Cúriæ militántis,
pro ómnibus qui se commendavérunt
oratióibus meis
in génere et in spécie,
et pro felíci statu sanctæ Románæ Ecclésiæ. Amen.

Gáudium cum pace,
emendatióem vitæ, spátium veræ pæniténtiæ,
grátiam et consolatióem Sancti Spíritus,
perseverántiam in bonis opéribus,
tríbuat nobis omnípotens et miséricors Dóminus. Amen.

PRECES AD S. IOSEPH

O felícem virum,
beátum Ioseph,
cui datum est, Deum,
quem multi reges voluérunt vidére et non vidérunt,
audíre et non audiérunt,
non solum vidére et audíre,
sed portáre, deosculári, vestíre et custodíre!

V. Ora pro nobis, beáte Ioseph.

R. Ut digni efficiámur promissióibus Christi.

Orémus.

Deus, qui dedísti nobis regale sacerdótium,
præsta, quæsumus,
ut sicut beátus Ioseph unigénitum Fílium tuum,
natum ex Maríá Virgine,
suis mánibus reverénter tractáre mérui et portáre,
ita nos fácias cum cordis mundítia et óperis innocéntia
tuis sanctis altáribus deservíre,
ut sacrosánctum Fílii tui Corpus et Sanguinem
hódie digne sumámus,
et in futuro sæculo præmium habére mereámur ætérnum.
Per eúndem Christum Dóminum nostrum. Amen.

para alabanza de Dios omnipotente
y de toda la Iglesia triunfante,
para mi beneficio y el de toda la Iglesia militante,
por todos los que se encomendaron
a mis oraciones
en general y en particular,
y por la feliz situación de la Santa Iglesia Romana. Amén.
El Señor omnipotente y misericordioso
nos conceda la alegría con la paz, la enmienda de la vida,
tiempo de verdadera penitencia,
la gracia y el consuelo del Espíritu Santo,
y la perseverancia en las buenas obras. Amén.

ORACIÓN A SAN JOSÉ (PARA SACERDOTES)

¡Oh feliz varón, bienaventurado José,
a quien le fue concedido
no solo ver y oír al Dios,
a quien muchos reyes quisieron ver y no vieron,
oír y no oyeron,
sino también abrazarlo, besarlo,
vestirlo y custodiarlo!

V. Ruega por nosotros, bienaventurado José.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de
nuestro Señor Jesucristo.

Oremos:

Oh Dios, que nos concediste el sacerdocio real
te pedimos que,
así como San José mereció tratar y llevar en sus brazos
con cariño a tu Hijo unigénito,
nacido de la Virgen María,
hagas que nosotros te sirvamos
con corazón limpio y buenas obras,
de modo que hoy recibamos dignamente
el sacramento Cuerpo y Sangre de tu Hijo,
y en la vida futura merezcamos alcanzar el premio eterno.
Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

VESTIDURAS LITÚRGICAS

“La vestidura litúrgica común para todos los ministros ordenados e instituidos de cualquier grado es el alba, que debe ceñirse por la cintura con un cíngulo, a no ser que esté hecha de tal manera que pueda ajustarse al cuerpo sin necesidad de cíngulo. Antes de ponerse el alba, si ésta no cubre perfectamente el vestido ordinario alrededor del cuello, póngase un amito.

“La vestidura propia del sacerdote celebrante, en la Misa y en otras acciones sagradas que directamente se relacionan con ella, es la casulla, a no ser que se diga lo contrario, la cual debe ir puesta sobre el alba y la estola”.⁹

Tradicionalmente el sacerdote decía las siguientes oraciones al revestirse para la Santa Misa:¹⁰

El celebrante se lava las manos y pide se le conceda la virtud de la pureza:

Da, Dómine, virtútem má nibus meis ad abstergéndam omnem máculam; ut sine pollutióne mentis et córporis váleam tibi servíre.

Da, Señor, la virtud a mis manos para que toda mancha sea removida y pueda servirte con una mente y un cuerpo puros.

El amito, un velo blanco, representa el yelmo de la salud espiritual y símbolo de resistencia contra la tentación:

Impóne, Dómine, cápiti meo gá leam salútis, ad expugná ndos diabólicos incúrsus.

Impón, Señor, sobre mi cabeza el yelmo de salud, para combatir las asechanzas diabólicas.

El alba es una túnica blanca que cubre todo el cuerpo. Simboliza la inocencia inmaculada que debe resplandecer en toda la vida del sacerdote:

Deálba me, Dómine, et munda cor meum; ut, in sá nguine Agni dealbátus gá udiis pérfruar sempitérnis.

Purifica, Señor, y limpia mi corazón, para que purificado con la sangre del Cordero merezca el gozo sempiterno.

9. Instrucción General del Misal Romano, nn. 298-299.

10. Missale Romanum 1962, “*Præparatio ad Missam: Orationes dicendæ cum sacerdos induitur sacerdotalibus paramentis*,” nn. lxxiii-lxxiv.

El cingulo es un cordón que ciñe el alba a la cintura y simboliza la virtud de la castidad:

Præcíngeme, Dómine cingulo puritátis, et extingue in lumbis meis humórem libídinis; ut máneat in me virtus continéntiæ et castitátis.

Cíñeme, Señor, con el cingulo de la pureza y extingue en mis miembros el humor libidinoso, para que permanezca en mí la virtud de la continencia y castidad.

La estola es un ornamento en forma de banda larga y estrecha, adornada con motivos litúrgicos. La lleva el sacerdote alrededor del cuello y pendiendo ante el pecho. Es un símbolo de inmortalidad y signo de la dignidad del sacerdocio ministerial:

Redde mihi, Dómine, stolam immortalitátis, quam pérdidi in prævaricatióne primi paréntis: et, quamvis indignus accédo ad tuum sacrum mystérium, mérear tamen gáudium sempitérnum.

Devuélveme, Señor, el estado de inmortalidad, que perdimos con el pecado de nuestros primeros padres: y, aunque indigno de acercarme a tu sagrado misterio concédeme la eterna gloria.

La casulla es un manto amplio que cae sobre los hombros. Es el emblema de la caridad que hace el yugo de Cristo suave y ligero:

Dómine, qui dixísti: Iugum meum suáve est et onus meum leve: fac, ut istud portáre sic váleam, quod cónsequar tuam grátiam. Amen.

Señor, que dijiste: mi yugo es suave y mi carga ligera; haz que lo lleve de tal manera, que me haga digno de conseguir tu gracia. Amén.

ORACIONES PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

Acércate con gran respeto a comulgar. Es muy bueno que repitas en tu interior estas oraciones que van debajo. Al recibir el Cuerpo del Señor, respondes **Amén**, reafirmando tu fe en la presencia real de Cristo en la forma consagrada. Retírate luego con el mismo respeto a darle gracias al Señor.

Acto de fe

¡Señor mío, Jesucristo!, creo firmemente que voy a recibir tu Cuerpo, tu Sangre, tu Alma y tu Divinidad.

Acto de esperanza

Espero, Señor, que ya que te das todo a mí, en la Eucaristía tendrás misericordia de mí y me otorgarás las gracias necesarias para mi salvación eterna.

Acto de caridad

Dios mío, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y sobre todas las cosas.

Acto de adoración

¡Señor!, te adoro y te reconozco como mi Creador, Redentor y soberano Dueño.

Comunión espiritual

Esta oración se puede decir siempre que por cualquier motivo no se haya podido comulgar sacramentalmente, o cuando se pase cerca de una Iglesia.

Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los Santos.